

Cosas del Café Express

Marcos Ramírez Avilés*

En el café al que voy todos los días, invariablemente a las dos de la tarde, acostumbra servirme un mozo, con empalagosa amabilidad, que es una insinuación a la propina.

Y algunas veces este mocito charlatán y amable, me ha contado cosas muy interesantes de los otros parroquianos del café, en que se mezclan lo bufo y lo trágico, lo grotesco y lo ridículo.

El otro día, señalándome a una pareja de ancianos, hombre y mujer que ocupaban una mesa próxima a la mía, me dijo: es un matrimonio, frecuentemente vienen, y no toman más que una tacita de leche con café, pero no es más que un pretexto para entablar conversación con mi compañero Pedro, ese que en este momento los atiende con fingida solicitud llamándolos abuelitos.

Pedro es un guapo muchacho que a juzgar por su aspecto apenas contará veinte y cuatro años de edad; listo y ladino que se deja querer de los ancianos para explotarlos,

porque averiguó que este matrimonio perdió a un hijo de la misma edad de mi compañero a quien dicen que se parecía como una gota de agua a otra gota.

Mientras les sirve Pedro, los ancianos lo contemplan profundamente emocionados, y en voz baja el anciano le dice a su esposa: "Míralo, es igualito a nuestro malogrado hijo, tiene su misma estatura, el color del pelo y los ojos es el mismo, y hasta el sonido dulce de su voz, que cuando habla parece que acaricia".

Cuando terminó de servirlos Pedro, el muy taimado, desinteresándose de los otros parroquianos, se sentó frente a los ancianos, para que lo contemplaran a sus anchas.

No le importa que otros parroquianos reclamen sus servicios, a nadie atiende hasta que los ancianos se retiran, después de haberle rendido adoración con sus estáticas miradas. La contemplación de los ancianos termina en un dulce y silencioso llanto, sin aspavientos, sin hacer un

Marcos Ramírez Avilés. Empresario, escritor. Socio fundador del Club de los Trece. Fraternal Número Dos.

* Del libro *Divagaciones literarias*, Imprenta Gamboa Guzmán, Mérida, México, 1938, pp. 27-28.



solo gesto de dolor, como yo pude observar.

Esto ocurre todos los días a la misma hora, los viejecitos van al café religiosamente como van los creyentes al templo, a ponerse en comunicación con el alma de su hijo muerto, que físicamente es un gemelo de Pedro, el mozo del café.

Sus lágrimas no piden misericordia, lloran con fruición porque verdaderamente creen que han visto y hablado con su hijo.

Cuando se levantan los ancianos claudicando, se despiden cariñosamente de Pedro y éste a su vez les dice: hasta mañana, abuelitos, y les recomienda que se cuiden mucho.

Al salir los ancianos, Pedro, que aparentemente guardó una actitud desinteresada, retira el servicio, y sobre la mesa encuentra un billete de cinco pesos y sonríe con ironía...

Pedro ha encontrado su mina, y los ancianos encuentran en él, todos los días, una hora de dulce emoción.

Y ahora pregunto yo, ¿quién pone más en este juego: los ancianos que pagan el goce de una inefable emoción, o el mozo que se ofrece a las miradas de todos como un espectáculo de ridícula hipocresía?

Yo creo con Miguel de Unamuno, que el que afronta resueltamente el ridículo, es un héroe.



La hora íntima de Agustín Lara



La "HORA INTIMA"

del francés Manzon



64 PAGINAS
25
CENTAVOS



La CARICATURA

Nº 557



